

Sáb
30
Sep
2017

Evangelio del día

[Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **San Jerónimo (30 de Septiembre)**

“Jerusalén será ciudad abierta”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Zacarías 2, 5-9. 14-15c

Levanté los ojos y vi un hombre que tenía en su mano un cordón de medir. Le pregunté:
«¿Adónde vas?».

Me respondió:

«A medir Jerusalén para ver cual es su anchura y cuál su longitud».

El mensajero que me hablaba salió y vino otro mensajero a su encuentro. Me dijo:

«Vete corriendo y dile al oficial aquel:

"Jerusalén será una ciudad abierta a causa de los muchos hombres y animales que habrá en ella; yo la serviré de muralla de fuego alrededor y en ella seré mi gloria".

«Alégrate y goza, Sión, pues voy a habitar en medio de ti - oráculo del Señor -.

Aquel día se asociarán al Señor pueblos sin número; y ellos serán mi pueblo».

Salmo de hoy

Jr 31,10.11-12ab.13 R/. El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño

Escuchad, pueblos, la palabra del Señor,
anunciada en las islas remotas:
«El que dispersó a Israel lo reunirá,
lo guardará como un pastor a su rebaño. R/.

Porque el Señor redimió a Jacob,
lo rescató de una mano más fuerte»
Vendrán con aclamaciones a la altura de Sión,
afluirán hacia los bienes del Señor. R/.

Entonces se alegrará la doncella en la danza,
gozarán los jóvenes y los viejos;
convertiré su tristeza en gozo,
los alegraré y aliviaré sus penas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,43b-45

En aquel tiempo, entre la admiración general por lo que hacía, Jesús dijo a sus discípulos:
«Meteos bien en los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres».

Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro, que no captaban el sentido.

Y les daba miedo preguntarle sobre el asunto.

Reflexión del Evangelio de hoy

Jerusalén será ciudad abierta

Escuchamos hoy un texto cargado de simbología. Unos versículos elegidos del capítulo 2 del profeta Zacarías que causan una cierta extrañeza, porque a primera vista resulta complicado establecer la relación entre sus elementos: un hombre con un cordel de medir, que preguntado sobre la tarea que va a realizar responde, nada más y nada menos, que va a comprobar la longitud y la anchura de Jerusalén. ¿Qué puede haber detrás de esta misión imposible? La

experiencia de un pueblo que, volviendo del exilio, desea “recobrar” su ciudad por excelencia, aquella en la que el Señor habitaba, pero que aún se encuentra en ruinas y sin templo. La nostalgia de una Jerusalén “fuerte” que les ayude a reconstruirse, también, como pueblo de Dios.

A partir de ahí una palabra que llega de parte del Señor cambia totalmente la perspectiva. No se trata de hacer una ciudad fuerte, segura, rodeada de murallas y baluartes. El futuro de Jerusalén no está en la cerrazón que nos permite sentirnos seguros por las defensas externas. Su futuro es algo mucho más atrayente, aunque parezca complicado: una ciudad abierta a la que acudirán muchos pueblos que serán también pueblo del Señor. Él va a ser muralla que la rodee y presencia que habitará en medio de todos.

Una invitación a la universalidad, a la apertura, a la aceptación de los otros diferentes... que según la Palabra que hoy escuchamos ha de ser motivo de alegría, de fiesta, porque ahí es donde el Señor habita en medio de nosotros.

Pedimos al Señor que nos conceda la gracia de hacer de nuestros pequeños entornos “ciudades abiertas”. Y podemos tener presente en nuestra oración a la Jerusalén terrestre, que aún está muy lejos de hacer realidad el anuncio del profeta.

No entendían el lenguaje y les daba miedo preguntar

La palabra y los gestos de Jesús habían levantado una ola de admiración creciente hacia él en medio del pueblo sencillo. Los discípulos participaban de cerca del entusiasmo que despertaba. Y era inevitable que se hicieran ilusiones respecto al futuro de Jesús, y como consecuencia de ello a su propio futuro.

Sin embargo, los textos evangélicos van insertando “cuñas” muy frecuentes en las que queda de manifiesto que su persona resultaba preocupante y peligrosa para los que ostentaban la autoridad. Tanto que, desde los primeros compases de su actividad se hace presente la decisión de “deshacerse de él”. Jesús es muy consciente de ello. Y también de que la amenaza externa no va a cambiar su fidelidad al proyecto del Padre, su decisión inquebrantable de mostrarnos el significado del Reino de Dios. Y con el paso del tiempo, su firmeza conduce al enfrentamiento que termina con la entrega de la vida.

Por eso, y precisamente en medio de esa admiración que despertaba, Jesús insiste con sus discípulos tratando de que entiendan lo que ha de acontecer, que no es precisamente el éxito que esperan, sino el fracaso más insospechado. Pero sus discípulos (aquellos de entonces y ¿quizá los de ahora?) no estaban en condiciones de poder asimilar que el sufrimiento y la muerte injustos pudieran formar parte de la trayectoria de Jesús. Y el discípulo no es más que su maestro...

Vislumbrarlo nos produce miedo, también a nosotros, que nos “apuntamos” sin esfuerzo a la tendencia dominante en nuestra sociedad (no tanto en otras) de que el objetivo de la vida es el bienestar. Cuando miramos a Jesús, tal vez pudiéramos decir que el bienestar es el resultado de un proceso de libertad en el cual uno va poniendo en juego la propia vida, como lo hizo Él, con riesgo de perderla.



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Hoy es: San Jerónimo (30 de Septiembre)

San Jerónimo

Primeros años

Eusebio Jerónimo nace por el 347 en la fortificada ciudad de Estridón, entre Dalmacia y Panonia, ciudad destruida ya en vida del santo por los godos y estrechamente ligada, según parece, a la cultura latina. Su hermano Pauliniano y su hermana, más jóvenes, abrazan como él la vida monástica. Eusebio, el padre, piadoso cristiano de buena posición, le proporciona esmerada educación. De hecho, hacia el 360-67, joven aún, llegado apenas de Aquileya, cursa en Roma con excelente provecho estudios de gramática y de retórica. Bautizado en Roma por el papa Liberio, nada nos dice, en cambio, de las circunstancias que rodearon el hecho. Probó fortuna luego en Tréveris, la ciudad imperial, dejándose ganar por el ideal monástico oriental y llegando a conocer y copiar las obras de San Hilario. Vuelto con Bonoso a su patria en el 370, formó durante algunos años en torno a Valeriano, obispo de Aquileya, una piña con Rufino, Cromacio y Heliodoro que acabaría en riñas provocadas, entre otras cosas, por su afilada lengua de asceta.

Pasa más tarde a la ciudad de Antioquía, durante cuyo cisma Evagrio se había sumado a la reducida minoría ultranicena, encabezada por Paulino: en este ambiente, y tras la experiencia de Calcis, recibe la ordenación sacerdotal, aunque sin compromisos pastorales, pues Paulino buscaba adeptos y no pastores de una comunidad inexistente.

Junto al papa Dámaso

Hacia el 380, Paulino hubo de trasladarse a Constantinopla para solicitar de Teodosio el reconocimiento de su autoridad episcopal: Jerónimo se hace allí oyente de Gregorio Nacianceno, del que hereda la gran admiración por Orígenes, los secretos de la exégesis alegórica y los valores del mundo griego. Uno de sus buenos propósitos será servir de cabeza de puente entre la teología griega y la latina. Dos autores le atraen al principio: Eusebio de Cesarea, con sus trabajos históricos, y Orígenes con su exégesis: el método Orígenes, en efecto, mediante el doble aspecto de comparación del texto original hebreo o griego con las diversas versiones y de profundización en su sentido místico, dejará en él huella perdurable.

La autoridad de sus protectores orientales y el prestigio de su ciencia y su ascetismo le abrieron en Roma muchas puertas y le ganaron no pocas voluntades. El papa Dámaso lo tomó de secretario en la cancellería eclesiástica, poniéndole al frente de los archivos y encargándole de la correspondencia sinodal entre Oriente y Occidente, así como de traducir al latín las Sagradas Escrituras.

El monje de Belén

En el verano del 386, tras la visita a Palestina y a Egipto, es decir, los respectivos escenarios de la Biblia y del monacato, se instala en Belén, lejos de los ruidos de Jerusalén. Al principio de manera provisional, pero luego, al cabo de tres años, de forma definitiva, en el monasterio allí fundado. [...]

La instalación en Belén favorece una intesa actividad literaria: rigurosas traducciones bíblicas, adaptaciones de tesoros exegéticos y, como distracción, alguna que otra novela de hagiografía monástica. [...]

Allí Jerónimo enseña, predica a menudo, escribe obras admirables, alterna la vida, la oración y el estudio defendiendo la ortodoxia frente a origenistas (393-404) y pelagianos, que llegarán a incendiar su convento (417): sólo huyendo puede salvar la vida. En Belén, de todos modos, vive una vida más tranquila que la de Roma. Cuando predica, se dirige a monjes y monjas, parte principal de su auditorio. Que predicara en solemnidades, concretamente en el domingo de Pascua, puede significar que el grupo de monjes latinos, por él patrocinado como presbítero, tenía su culto propio.

Director espiritual del mundo cristiano

El año 393 rompe su silencio epistolar para emprender la que será, en este terreno, la etapa más fecunda. El círculo de corresponsales se dilata; su correspondencia se hace universal; sus cartas ganan los confines de Occidente. Jerónimo será el director espiritual que a todos atiende. El abanico de asuntos es grande, pero hay dos que mueven su pluma con desusada prontitud a la hora de responder: el ascetismo y la Biblia. Buen número de cartas, en fin, afrontan las polémicas entonces abiertas, sobre todo el pelagianismo, la contienda joviniana y el origenismo.

Especial mención merecen sus relaciones con San Agustín. Aquella amistad será entrañable. San Agustín va a ser para el anciano Jerónimo el confidente de los momentos difíciles; con él desahoga el de Belén su preocupación por la amenaza pelagiana de los últimos años, y «no deja pasar hora sin mentar su nombre» (Carta 141).

San Jerónimo fallece el 30 de septiembre del 419, dejando inacabado el comentario de Jeremías, último del ciclo de los profetas. Su fama, la del excepcional transmisor de los textos bíblicos y patrísticos a Occidente, sobrevuela con la altura del cóndor los cielos todos del orbe. Sus obras contienen una documentación griega —exegética, histórica y espiritual— de excepcional magnitud. El eco de su voz resuena por Tierra Santa. Sus cartas navegan hacia Roma, donde dejara tantos amigos, pero al propio tiempo, llenas de luz y calor, llegan a las Galias y a España y a la amada tierra africana de San Agustín. El polvo enamorado de sus restos reposa hoy en la basílica romana de Santa María la Mayor.

Era tan grande su fama ya en vida que los escritos alcanzaban célérica difusión. Él, que había copiado de joven tantos libros para formarse una biblioteca, obtuvo de la generosa Paula un equipo de copistas y se las ingenió como pudo para organizar una tupida red difusora mediante el valimiento de sus amigos romanos y de sus corresponsales. Después de San Agustín es, sin duda, el más fecundo escritor de Occidente.

San Jerónimo es el más grande apóstol del ascetismo antiguo y uno de los hombres más cultos de su época, epistológrafo más que homilista, escriturista más que teólogo, propagandista incansable de la vida religiosa. Su ardiente amor a Cristo le inspiró consagrarse a la divina palabra. Y su capacidad humanística, de corte clásico, alcanzó tal perfección que habría superado a Lactancio en originalidad y potencia expresiva. Gracias a él, la Iglesia latina pudo enriquecerse de los

Padres griegos y leer el texto genuino de las Escrituras Sagradas. Él precisamente es uno de los cuatro grandes Padres y doctores latinos.

Suele afirmarse que se sabía la Biblia de memoria. No extrañe, en cualquier caso, reparando en el dintel de esta lapidaria frase de Jerónimo: «Si, como dice el apóstol Pablo, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (Prólogo al Comentario sobre el profeta Isaías, 1).

Pedro Langa, O.S.A.